

Después del mundo feliz, ¿qué?

Aline Pettersson

Comprendía muy bien por qué no se podía tolerar que las castas inferiores malgastasen con libros el tiempo de la comunidad.
Aldous Huxley

Podría también emplear como epígrafe el mil veces empleado verso de Jorge Manrique: “cualquier tiempo pasado fue mejor”, para así delatar el paso del mío. Aunque tal vez sea inevitable echar de menos ciertas cosas y agradecer la presencia de otras. Llevándolo al extremo, claro que prefiero una resonancia magnética hoy a una trepanación en la antigüedad. La búsqueda de respuestas y un mayor grado de conocimiento han conducido a la humanidad a cambios constantes y a la incorporación, pero también al cuestionamiento de sus hallazgos científicos y a su revaloración que, en ocasiones, modifica el punto de vista en poco tiempo para acabar retomando el previo. Las bondades terapéuticas de la vitamina C, o su irrelevancia, son muestra de cambios de opinión en un lapso vital breve.

El ser humano ha luchado por comprender y, en la medida de lo posible, dominar el mundo que lo rodea. Primero fueron sus intentos por mantener a raya las fuerzas de dioses y demonios que, desde sus regiones insondables, parecían regirlo todo. Muy lentamente sus horizontes de conocimiento se le abrieron y siguen abriendo sin que nunca, hasta el día de hoy, haya desaparecido un pensamiento mágico que pretende, apelando a las virtudes de un poder paralelo, dar respuesta o consuelo, quizás.

El caso es que desde tiempos ancestrales el hombre, al saberse limitado e indefenso, imaginó la posibilidad de “seres” mecánicos que él pudiera crear y emplear en su ayuda, como sería el caso que narra Homero en la *Iliada* de Hefesto, dios del fuego



y la forja, que construye dos autómatas de oro con aspecto femenino y que, aunque sin movimiento, estaban dotados de inteligencia. Ovidio narra la historia, ya no de un dios, sino del máximo exponente humano: un rey, a la vez escultor, Pírgamo, enamorado de la perfección de su obra, la estatua de Galatea que terminará cobrando vida gracias a Afrodita. Supongo que la tibia y blanda belleza animada de la figura femenina debe de haberle bastado al rey. Y prosiguiendo con la trayectoria laboriosa de las manos, algo menos de dos mil años después, Carlo Collodi escribe sobre el carpintero Gepetto que talla, en un trozo de madera dotado de voz casi inaudible, un títere poseedor de inteligencia.

En la tradición cabalística judía aparece en el medioevo el Golem, modelado en arcilla por un rabino, tal como lo fue Adán, pero cuyos resultados son insatisfactorios. La criatura es un ente defectuoso, en cuanto a sus posibilidades de pensamiento y que debido a su inclinación al caos se vuelve en contra de su creador.

En tiempos bastante recientes Isaac Asimov maneja el tema del robot, cuyo nombre toma del que le otorga, a su autómatas, el escritor checo Karel Čapek en 1920 y que etimológicamente refiere a labor forzada o esclava. Asimov y otros muchos autores lo emplearon o emplean, tanto en libros (muchas veces excelentes) como en películas o series animadas. Ahí se hace evidente el nunca descartado deseo de emular la capacidad propia de Dios. El hombre ha soñado, a lo largo de su historia, con la posibilidad de modelar o forjar un ser pensante (aunque inferior a él) para servirse de él. Sin embargo, sus reiterados esfuerzos no alcanzan la perfección que anhela. Conocemos a Frankenstein, por el nombre del científico que lo elabora, y que, igual que el Golem, va a atacar a su hacedor.

De cualquier forma, quienes han jugado con el tema suelen concluir que habrá siempre un límite en las capacidades de la criatura para actuar en el mundo. Así, pese a su inteligencia o no, a su aptitud para el movimiento o no, lo que resulta evidente es que el robot no posee el término, considerado hoy obsoleto, de alma o al menos no posee libre albedrío, albedrío al que, por ejemplo, Pinocho aspira. Es decir, el ente está predeterminado en sus acciones, se mueve hacia un objetivo y carece de capacidad para ponderar y sentir. Ha sido creado para servidumbre de quien lo construyó pero que fue incapaz de dotarlo de juicio

ético. Al final, la victoria humana busca imponerse al autómatas que sigue leyes inexorables que avasallan a su inventor.

Durante el siglo XX y lo que va del XXI han proliferado investigaciones y trabajos alrededor de la inteligencia artificial que buscan que las máquinas se muevan en muchas direcciones y efectúen acciones cada vez más complicadas. Tal vez el sueño del científico, y desde luego el del narrador, es lograr que el aparato piense por sí mismo. De momento, y en un ejemplo muy sencillo, la reunión de todas las soluciones posibles para las jugadas de ajedrez rebasan, quizá, la capacidad humana. El análisis absoluto y rapidísimo de la computadora puede derrotar al experto ajedrecista de carne y hueso.

Esta celebración de la máquina, por un lado, y de las posibilidades cada vez más gigantescas de la red virtual aplicadas, por el otro, han llevado al ser humano a desarrollar capacidades nuevas, y también a desechar un aprendizaje milenario que, en cierto sentido, me parece que tiene que ver con el libre albedrío. No dudo de que los científicos y tecnólogos de exce-

lencia continúen ejercitando prontitud mental en sus respuestas. Sin embargo, esto no sucede con la población general que está siendo llevada a comportarse como los robots de los relatos. Se le entrena y asimismo despoja de su espontaneidad inteligente de reacción. Sus movimientos se vuelven automáticos y sus palabras más aún. Estas personas constituyen un fragmento grande de la población y laboran en toda índole de empleos u oficios. Pero son casi incapaces para comprender y responder a algo que se salga del guión memorizado. Su discurso es tan idéntico a sí mismo que me recuerda a aquel antiquísimo Santa Claus que se reía siempre de la misma manera tras del vidrio de una tienda. Hoy pienso que acaso preveía condescendiente el futuro lejano que esperaba a la gente programada, como él lo había sido en aquel tiempo, y tal como lo imaginaron los escritores de ciencia ficción. La risa del viejo muñeco ofrecía, en ese entonces, la promesa del cercano regalo de un sueño, ¿pero qué ofrece hoy el coro de voces de las personas cuya imaginación ha sido mutilada y cuyo propio sueño ha sido empequeñe-

cido y banalizado al extremo de aproximarlas a aquella carcajada mecánica?

Se programan y agrandan las perspectivas de la máquina de metal y plástico, inserta en el universo digital con posibilidades de crecimiento inimaginables. Yo recupero aquí el antiguo concepto del hombre máquina y me pregunto, ¿qué sucederá con esa legión de seres de carne y hueso a quienes se reeduca y mecaniza arrasando con los remanentes de su imaginación?

La utopía del progreso ahora parece apoyarse en la elaboración de máquinas cada vez más inteligentes y autónomas mientras, paralelamente, se acota el pensamiento del hombre para asemejarlo al autómatas. Hay una salvedad o un precio a pagar: el desarrollo científico que le permite sustituir con partes robóticas las partes dañadas de su cuerpo.

¿Acabará la humanidad en un matrimonio mixto con el robot humano sometido a la inteligencia superior que al fin le fue dado construir? ¿Se recorrerá el camino inverso para divinizar dicha inteligencia, cuyos designios, finalmente, le serán tan insondables como los de aquellos dioses originarios? **U**

